

**De mesas y abrazos.**

### **Educar en tiempos de pandemia**

Por Susana Ludmer. Docente del Departamento Villa Constitución

En estos días pensando, con la dificultad de pensar, intentar analizar las cosas que van dándose sobre la marcha, una pregunta se me presenta recurrentemente ¿Cuántas mesas hay en una casa? ¿Cuántas en mi casa, cuantas en las de mis alumnos y alumnas?

Explico el porqué de la pregunta. Estamos viviendo tiempos raros: casi de repente un día no hubo más clases presenciales y salimos, docentes, directivos, a asegurar esto que llamamos “continuidad pedagógica.” Lo hicimos como nos pareció posible en ese momento y lo hacemos como nos va pareciendo posible en cada momento porque la dinámica de la realidad fue haciendo cambiar muchas respuestas, pero también muchas preguntas.

Del pdf al classroom, de la tarea a la clase virtual, del zoom al cuadernillo impreso fuimos, vamos transcurriendo este tiempo.

Me pasó, creo que les habrá pasado a muchos, muchas profesoras de nivel secundario que vi a mis alumnos una sola clase presencial por eso se me hizo difícil al principio pensar con quienes estaba interactuando. De repente esa cuestión del “diagnostico” que en el aula es mirar, escuchar, encontrarse esas primeras veces, no estaba, era difícil... pero un día, en un correo una alumna me escribió “Profe, a veces lloro” y ese acto de confianza derribó todas mis dudas.

Están pasando cosas muy poderosas en este tiempo raro, cosas que nos hacen pensar otras, reafirmar algunas y descubrir muchas. Reafirmar que la escuela es encuentro, que hay un acumulado de amor, de confianza, de nos trasciende.

Seguramente muchos, muchas docentes que vimos a nuestros chicos una sola vez este año estamos recibiendo la confianza construida por una historia del estar presente siempre de la escuela. Seguramente la escuela que es un territorio de tocar, de abrazar, está abrazando de muchas otras formas. Porque necesitamos el abrazo. Necesitamos pensar que no estamos en una rara vacación ni en la invención de la virtualidad sino en un tiempo que tiene también una dosis de angustia e incertidumbre que nos atraviesa a todos.

Es una realidad que los docentes están desbordados en estos nuevos tiempos. Tal vez es el momento de volver a discutir en serio el puesto de trabajo.

En estos días una compañera me contaba que al principio trató de ponerse un límite de horario de trabajo, pero que después las cosas se fueron desbordando, creo que esto les pasa, nos pasa a todos y todas. Siempre estuvo claro que el trabajo docente no se agotaba en el tiempo escolar ahora parece no agotarse en el tiempo de todo el día.

¿Y por qué pienso en cuantas mesas hay en la casa? porque a las casas en las que vivimos, en las que viven nuestros alumnos, se ha trasladado la escuela.

Ni siquiera pienso en cuantas computadoras hay disponibles en una casa (sé que en muchas ninguna, sé que en las que existen no son suficientes, cuantos se darán cuenta ahora que las netbooks para alumnos y docentes son un necesario acto de justicia) pienso en las mesas, o la mesa, en las que se hace la tarea, pero también se pelan las papas para la comida.

Se me presenta esa necesidad de preguntarme por el día a día de la mesa, las mesas, territorio de compartir que de repente se vio invadido de tareas, de papeles, de computadoras (donde las hay) y me parece que esa imagen es realmente una imagen de la escuela. Porque en la escuela

también se cuentan las papas para que todos coman y se hace un lugar más, aunque sea un poco amontonado, para que entremos todos.

Pienso en ese día después que deseo, que deseamos, en reconocer a esos chicos que me están diciendo cosas hermosas y también cosas muy duras, en lo que es este tiempo en el que estar en casa no es solo una acción individual sino un horizonte de cuidar a los demás (difícil comprenderlo al principio para los que siempre estamos lanzados al hacer). Imagino lo que podremos, mirándonos, decirnos que aprendimos.

Y en este punto me contesto que será como siempre porque esos aprendizajes no habrán surgido de una máquina ni de un programa sino, como sabemos, de un encuentro humano. Por eso me da ganas de decir que volvamos a discutir sobre la escuela y los aprendizajes como siempre lo hacemos, pero que este tiempo, que podremos analizar después, nos remitirá seguramente a esa mesa llena de papeles, pero también de platos y de personas, que vivimos una cotidianeidad de dificultades, de risas y de llantos, de contención mutua y de amor como en todas las escuelas.